Cristina Prada

Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero

booket

Cristina Prada

Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero

Esencia/Planeta

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Prada, 2018
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl
Ilustración de la cubierta: Shutterstock
Primera edición en Colección Booket: octubre de 2024

Depósito legal: B. 14.372-2024
ISBN: 978-84-08-29369-9
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

1

—Yo, Benedict Fisher, te tomo a ti, Olivia Rose Sutton, como mi legítima esposa. Prometo amarte incondicionalmente, respetarte y confiar en ti, y prometo solemnemente cuidar de ti y serte fiel hasta que la muerte nos separe.

Benedict me mira y una sonrisa se escapa de mis labios sin que pueda hacer nada por evitarlo. Cojo aire mientras lo observo deslizar una hermosa alianza por mi dedo anular. Estoy completa y absolutamente enamorada de él. No puedo pensar en otra cosa y creo que tampoco quiero.

—Yo, Olivia Rose Sutton, te tomo a ti, Benedict Fisher, como mi legítimo esposo. Prometo amarte incondicionalmente, estar siempre a tu lado y compartir tus alegrías y tus penas, y prometo serte fiel hasta que la que muerte nos separe.

Le pongo su alianza y me muerdo el labio inferior conteniendo otra sonrisa, ¡pero es que no puedo dejar de sonreír! Sus ojos verdes se llenan de una veintena de preciosas emociones. Sonríe, sonrío y, como si ya no

pudiese contenerse más, enmarca mi cara entre sus manos y me besa, ignorando el discurso del cura acerca del amor y la compresión.

Todos estallan en risas por nuestro arrebato, pero no nos importa y seguimos besándonos, besándonos y sonriendo.

—Yo os declaro marido y mujer —sentencia el sacerdote, resignado.

Benedict se separa lo justo para atrapar de nuevo mi mirada.

—Va a ser increíble, preciosa.

—Lo sé —afirmo.

Los invitados empiezan a aplaudir y volvemos a besarnos.

Después de un delicioso almuerzo lleno de platos con nombres interminables en francés y una deliciosa tarta de *mousse* de chocolate belga, cerezas y caramelo, llega la hora del *champagne* y el baile.

—La boda está siendo maravillosa —me felicita una de las ejecutivas de Fisher Media.

Yo sonrío mientras me descalzo con discreción. Los Louboutin que llevo son de infarto, pero me están destrozando los pies.

—La verdad es que no podría haberla soñado de otra manera.

Cuando los pongo sobre el suelo de mármol, suspiro aliviada. Espero haberlo hecho también con discreción.

—Tus padres parecen muy felices —apunta amable.

Sonrío evitando la respuesta y, sin quererlo, los bus-

co con la mirada, a mi padre con su esposa Candance y a mi madre y mi padrastro Robert.

La ejecutiva en cuestión se despide y aprovecho para seguir observando cada detalle, a los camareros, a los invitados... mientras mis pies se relajan. Apoyo los codos en mi regazo y me inclino hasta dejar descansar la barbilla en las manos. No podría haber deseado una boda mejor, es como un sueño hecho realidad.

—Parece que estás buscando algo.

Su voz me saca de mi ensoñación y me giro con la sonrisa preparada. ¿Cuántas veces he sonreído ya? Debo de haber batido algún tipo de plusmarca mundial. También me pregunto cuántas veces me he quedado mirándolo embobada; esa cifra seguro que, sí o sí, es de récord. Aunque la culpa no es mía, el hombre más guapo del planeta Tierra va de esmoquin. Me lo está poniendo muy complicado.

Benedict me dedica su espectacular sonrisa y se sienta junto a mí.

—Vámonos de aquí —me pide desdeñoso y divertido—. Esta boda es un coñazo.

Yo disimulo una risa, casi una carcajada, y lo miro mostrándome todo lo seria que puedo. Benedict se acomoda en la silla, cruzando sus largas piernas, y se echa hacia atrás, curioseando entre las fuentes con bombones y frutos rojos que los camareros han dispuesto en las mesas.

—Pues le pagaste mucho dinero a una organizadora para que la montase —repongo.

—Y no incluyó ni un mísero descanso para echar un polvo, ¿te lo puedes creer?

Benedict se lleva una fresa a los labios. A mí no me queda otra y rompo a reír de nuevo.

—No podemos irnos —trato de hacerle entender cuando mis carcajadas se calman—. Nuestras familias están aquí.

—¿Tu familia, a la que no le importamos absolutamente nada, o mi familia, a la que no le importamos absolutamente nada?

Frunzo los labios meditando la respuesta.

—La tuya, sin duda alguna —sentencio.

Benedict sonríe y un segundo después se inclina sobre mí.

—La única persona que me importa de toda esta habitación eres tú y quiero sacarte de aquí, remangarte ese vestido hasta las caderas y echarte el polvo de tu vida con él puesto para celebrar que estamos casados.

Me humedezco el labio inferior, conteniendo mi cuerpo, que acaba de prenderse en llamas como el símbolo del sinsajo ante semejante promesa.

Benedict vuelve a sonreír, pero su gesto se ha transformado en uno sexy, duro, medio. La sonrisa que esconde secretos y placer que solo nos incumben a nosotros dos.

Sin pronunciar una sola palabra, entrelaza nuestras manos con fuerza, se levanta y tira de mí para que lo siga.

—Espera —le pido—, no llevo zapatos.

Benedict se vuelve, me mira un mero segundo y una chispa traviesa y arrogante brota en sus ojos verdes justo antes de inclinarse, agarrarme de las caderas y cargarme sobre su hombro.

—¡Benedict! —grito divertida, con la risa inundando mi voz—. ¡Bájame!

—De eso nada, señora Fisher —concluye rotundo, echando a andar.

Los invitados con los que nos cruzamos sonríen encantados por el espectáculo, pero la mayoría de ellos están concentrados en sus conversaciones, el *champagne* o la pista de baile.

—Bájame —le pido de nuevo, pero ni yo hago mucho esfuerzo por conseguirlo ni a él parece importarle que abandonemos así el majestuoso salón del hotel Fairmont Olympic de Seattle.

—Benedict, tenemos que hablar.

La voz de su padre nos detiene en seco y automáticamente me muero de la vergüenza. Estoy echada sobre su hombro, por el amor de Dios.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar.

Consigo girar la cabeza a tiempo de ver a Gerald Fisher observándome, sin disimular un ápice que no me quiere cerca de su hijo.

—Es obvio que sí —replica centrando otra vez sus ojos marrones en él.

—No va a pasar.

—Benedict.

—Y deberías agradecerme que os haya invitado a mi boda.

—No estás teniendo el comportamiento más acertado, hijo —interviene Laura, la madrastra de Benedict.

—Yo no soy tu hijo —le deja claro, pero no suena furioso o inquieto. Solo se está reafirmando en algo que para él es obvio y con lo que no le importa lo más mínimo que estén de acuerdo o no. Hay quien diría que es pura arrogancia, pero es mucho más y para Benedict duele mucho más—. Y ahora, si nos disculpáis... —Me acomoda sobre su hombro y echa a andar de nuevo—. Te llamaré a la vuelta —se despide de su hermanastro.

—Cuando quieras, hermanito —responde este divertido.

Alejados ya unos metros, alzo la cabeza y sonrío mortificada. Sin embargo, el gesto no tarda más que unos segundos en transformarse en uno absolutamente feliz. Gerald Fisher no se merece tener los hijos que tiene. No hay nada bueno que decir de él. ¿Se comportaría igual en la boda con Blair?

Benedict me deja en el suelo junto al imponente Lexus GS negro, último modelo. Lo empujo torciendo los labios para disimular una sonrisa, que él me devuelve encantado con su salida de tono. No voy a negar que me gusta que lo haya hecho y no es solo por lo evidente. Benedict es así, desdeñoso y divertido, pero en público siempre se coloca una especie de disfraz de frialdad con el que marca una distancia con el mundo. Así que, cuando se comporta exactamente como es, da igual la circunstancia que sea, me hace feliz.

—Señora Fisher —me saluda el chófer con un sobrio gesto de cabeza, manteniéndome abierta la puerta trasera del coche.

Al oír mi recién estrenado apellido, sonrío.

—Hola, Kane.

—Al aeropuerto —nos interrumpe Benedict, y hay un toque de impaciencia en su voz.

Él asiente y ocupa su puesto al volante. Yo miro a Benedict y él vuelve a dedicarme esa sonrisa para que me olvide del pequeño detalle de que, si por él fuera, hasta su chófer debería comunicarse conmigo por email para que no tuviera que dirigirle la palabra en respuesta.

—¿Vas a decirme ya adónde vamos? —inquiero

cuando nos incorporamos al tráfico de la Quinta Avenida.

—Al aeropuerto —responde burlón.

Entorno los ojos, divertida. Él apoya la cabeza en el asiento de piel blanco roto y me mantiene la mirada. Deberían prohibirle ser tan rematadamente guapo.

—¿El Caribe? —pregunto cambiando de estrategia, dejándome caer también contra la tapicería, con el cuerpo ladeado para tenerlo de frente.

Hamacas, agua cristalina, cócteles con hierbabuena y buena música. No estaría mal.

Benedict me observa un segundo más y finalmente niega con la cabeza.

—¿La Polinesia?

Más hamacas, más agua cristalina, templos budistas. Tampoco estaría nada mal.

Niega de nuevo.

—¿Europa?

—Europa es un sitio muy grande.

Sonrío. ¡Vamos a Europa!

—¿Francia?

—No.

—¿Inglaterra?

—No.

Sonríe. El condenado disfruta haciendo crecer mi curiosidad. Lo pienso un instante y ahora la que sonríe completamente encantada soy yo.

—Vamos a Italia —sentencio convencidísima.

—En Europa hay más países aparte de esos.

Niego con la cabeza. Vamos a Italia. Lo sé.

—¿Roma?

—Frío.

—¿Venecia?

—Frío, frío.

—Maldita sea, Benedict Fisher —estallo, muerta de curiosidad—. ¿Adónde demonios me llevas?

—¿Qué me das a cambio de saberlo?

Abro la boca indignadísima.

—Absolutamente nada —contesto alzando la barbilla, altanera.

—No eres muy buena negociando.

—Por eso he acabado casada contigo.

Benedict entorna los ojos y, antes de que pueda escapar, me agarra de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él.

—Estas son tácticas de gestión de negocios fraudulentas, señor Fisher —suelto entre risas.

—Voy a llevarte a Capri.

Mis carcajadas se transforman en una sonrisa encantada e inmediatamente imagino el agua del Mediterráneo, una preciosa playa, todo el tiempo del mundo para los dos. Mis ojos azules se encuentran con los suyos verdes y a nuestro alrededor vuelve a crearse esa suave sensación de que todo lo que no seamos nosotros ha quedado en un segundo plano, lejos, muy lejos de aquí.

—Gracias —susurro.

El brillo en los ojos de Benedict cambia, crece, se llena de un deseo voraz, conjugándose a la perfección con toda su seguridad, con su exquisita elegancia y su indomable insolencia.

Se acomoda debajo de mí y, con un movimiento de caderas, su miembro, duro como el acero, se encuentra con mi sexo.

Gimo y me agarro a sus hombros por puro instinto.

Benedict me mira lobuno, se inclina sobre mí y humedece la tela de mi vestido sobre mis pezones con su

cálido aliento. Todo mi cuerpo se tensa y el placer me recorre entera, como si fuera un cohete propulsado con electricidad pura.

Me enseña los dientes. Gimo de nuevo. Me muerde. Me besa.

—Estamos en el coche —digo con la voz hecha un completo caos.

—Me la has puesto dura desde que te he oído pronunciar los votos, he aguantado una puta eternidad.

Le desabrocho el pantalón con dedos torpes y rápidos.

Él me rompe las bragas.

Se hunde en mí y nuestros jadeos, al unísono, entrecortan el ambiente.

—Si la miras un solo segundo —le advierte a su chófer con la voz trabajosa, pero increíblemente amenazante—, te despido.

—Entendido, señor —responde profesional.

—Estás loco —me quejo entre risas.

—Por ti, preciosa.